



un nuevo orden local en diversos territorios del país. Peor aún: los efectos del activismo gubernamental mediante el uso intensivo del ejército y de las fuerzas federales han abierto la puerta a la vieja pesadilla de la jungla *hobbesiana* en cientos de municipios y poblaciones del país, donde la ley del más fuerte impone su dominio en un contexto de evaporación del Estado, incapaz técnica y políticamente de imponer su fuerza, y donde miles de ciudadanos atestiguan, todo los días, el rostro sanguinolento de la bestia.

La violencia en el noreste. ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué no?

Camilo Contreras Delgado*

¿Por qué a nosotros? ¿En qué momento llegó esta ola de violencia al noreste del país? Son preguntas recurrentes y que denotan algo así como un *shock* social. En el noreste todavía estamos con los ojos bien abiertos, casi desorbitados y volteando para todos lados preguntándonos de dónde nos vino esta atrocidad. Los mitos y orgullos regionales quedaron en entredicho. Nos sentíamos la cultura que nació del trabajo y el esfuerzo, del “emprendedurismo”; nos veíamos como la vanguardia nacional, el México no profundo. Los altos indicadores de desarrollo así como la presencia de bajos índices de marginación respaldaban las presunciones norestenses. Entonces, ¿por qué a nosotros? Primero: ¿quiénes son o somos ese “nosotros”? Esa pregunta está pensada desde las clases media y alta así como de los sectores hegemónicos. Desde esta forma de pensar se asume que el noreste es sólo el campo de batalla donde se dan

* Investigador de El Colegio de la Frontera Norte.

enfrentamientos entre delincuentes de diferentes bandos y entre éstos y las policías estatal y federal, el ejército y la marina. Es decir, como si los delincuentes y los policías y tránsitos corruptos hubieran caído de no sé dónde. Nada más ficticio e ilógico. Preguntas más complejas y que van más allá del *shock* pueden ser: ¿De dónde salieron todos esos delincuentes? ¿Desde cuándo están esos criminales en la región? ¿Qué condiciones añejas y estructurales facilitan el reclutamiento de jóvenes a las organizaciones criminales? Entonces veremos que el México profundo también era parte del norte.

Nuevos y desagradables términos: el lenguaje es realidad

La sociedad norestense se ha visto forzada al aprendizaje y al manejo de términos incómodos, desagradables, indeseables. No es para menos, la región está metida en una situación desagradable, indeseable, horrible, inaceptable. Es decir, tenemos que referirnos a la realidad de algún modo, por más fea que ésta sea: el lenguaje es realidad. Un indicador de la violencia generalizada es el lenguaje compartido por la mayor parte de la sociedad. Los términos como “levan-

tón”, “secuestro virtual”, “halconear”, “rafaguear”, “comando armado”, “matar en caliente”, “tapados”, no están constreñidos al ambiente de los delincuentes, policías y soldados. Hace 2 o 3 años los ciudadanos comunes no sabíamos la diferencia entre “levantón” y secuestro. Hoy nos queda clara la diferencia.

Hay términos que ya conocíamos, pero en otros contextos y con otros significados. Hablar hoy de “la cuota” nos lleva directamente a la ignominia de la extorsión. En otros tiempos hablar de “bloqueo” no se relacionaba con el acto criminal de aterrorizar a los ciudadanos e impedir la acción de la justicia, como sí lo es ahora. El término “los malitos” llama mi atención. Quizá la psicología social nos puede decir si el eufemismo es por miedo o por qué rayos no cuaja la expresión de Aguilar Camín de llamarlos por su nombre como esos hijos de puta o al menos criminales. Si bien los medios de comunicación tienen un papel central en la difusión de esa realidad violenta con sus respectivos nombres, no son los medios quienes generan esa realidad. Si así fuera bastaba con que a diario nos recitaran “la eficacia de las autoridades”, “recuperación de la confianza y la tranquilidad”, “desaparición de la corrup-

ción e impunidad” y otras exigencias sociales para que los ciudadanos las creyéramos y las adoptáramos. Pero no hay una realidad que respalde esas frases.

Un término extremo que refleja el mayor daño social como consecuencia de la acción de la delincuencia organizada y de la ineficacia de los gobernantes es el destierro o *desplazamiento de población* por violencia. Municipios de Nuevo León, como Terán y municipios de Tamaulipas como Ciudad Mier (sin olvidar Ciudad Juárez, en Chihuahua) están en esa situación. El Centro de Monitoreo de Desplazamientos Internos (IDMC) reporta el incremento de desplazamientos forzados en los estados norteros de México. En América Latina despuntan Colombia, México, Guatemala y Perú. Pero también hagamos preguntas auto-críticas: ¿por qué no tenemos en el lenguaje común del noreste términos como ciudadanía, participación ciudadana, movilidad social? En el noreste (enfaticando Monterrey) esos términos son nulos y a veces incómodos para gran parte de la sociedad. Estas ausencias combinadas con nuestras historias sociales ufanas, nos permiten explicarnos el *shock* en que seguimos inmobilizados y atrapados en el lamento.

Sociedades *ensimismadas* como las nuestras se siguen mordiendo la cola. Tijuana y Ciudad Juárez son ejemplos de movilización social y participación ciudadana contra la violencia. En Monterrey la esperanza puede estar principalmente en sectores no gubernamentales como los defensores de derechos humanos, los y las estudiantes, los colectivos y grupos de artistas, los que luchan por pluralidades como la diversidad sexual, las mujeres, el sector académico, etcétera. No es casualidad que sean grupos que han sufrido históricamente algún tipo de violencia y que han mostrado la valentía y





creatividad para luchar contra los grupos hegemónicos que la ejercen.

¿Cómo circulamos en el noreste?

Andar en las carreteras es altamente riesgoso y no me refiero sólo a las carreteras intraestatales e intermunicipales, sino también a las carreteras principales y autopistas de la región. El desarrollo social y económico de nuestros tiempos está caracterizado por la alta movilidad de personas, productos, información, etcétera. Son flujos que no se pueden parar, se modifican, pero no se aniquilan. Un ejemplo claro se dio a finales de 2010 y principios de este 2011. Algunos de nuestros connacionales en Estados Unidos se avivaron organizándose para viajar en caravanas, otros prefirieron pernoctar en las ciudades fronterizas para evitar el viaje de noche. Ambos hechos nos recuerdan el género gringo del *western*, donde destacan los héroes, los bandidos, las caravanas de colonos, las pistolas y rifles. Cambiamos las diligencias y los caballos por las camionetas, pero el propósito de viajar juntos es el mismo: protegerse del enemigo.

Los enemigos de los paisanos son diversos: ni son nuevos, ni son sólo aquellos delincuentes del crimen organizado. Precisamente el Programa Paisano fue puesto en marcha desde 1989 para proteger a los connacionales de los funcionarios corruptos. Hoy ese programa sigue funcionando, porque la ineficiencia y las extorsiones de los funcionarios a los paisanos están presentes. Muestra de lo anterior es que los compatriotas debieron esperar hasta cinco días en la frontera para tramitar el ingreso con sus vehículos al país. Hablando de películas, hace algunos años las de los hermanos Almada nos escandalizaban por su exageración en los

argumentos, en las pésimas direcciones y actuaciones. *Pistoleros famosos*, *La banda del carro rojo*, entre muchos otros filmes, nutrieron la ficción sobre la frontera norte. El día que vimos *El infierno* de Luis Estrada nos surgió una injusta analogía con las películas de los Almada, injusta por la diferencia en la calidad de las producciones, pero analogía al fin por la presencia de violencia, narco, corrupción, migrantes, el norte de México como escenario. La gran diferencia en esta ocasión fue la certeza o “percepción” de que en algún lugar de este país estaba ocurriendo algo similar a lo visto en pantalla.

¿En qué momento de la crisis estamos?

El *shock* social es parálisis. Pero una cosa es que la sociedad esté paralizada por el miedo del hecho en sí mismo y otra es que la parálisis se deba y se prolongue porque se trata de una sociedad sin experiencia de movilización. En el noreste hemos visto diferentes tipos de reacciones desde las individuales a las colectivas, las espontáneas y las organizadas. De las individuales, la que más ha impactado es la defensa de su rancho que hizo don Alejo Garza en Güemez, Tamaulipas. Recordamos cómo se atrincheró y

antes de ser asesinado por los montoneros también dio muerte a varios delincuentes. En otros casos menos trágicos pero no menos dolorosos, la gente abandonó sus casas y ranchos de fin de semana en las zonas más calientes de Nuevo León y Tamaulipas. No tuvieron otra opción.

En las ciudades como Monterrey las prácticas familiares han cambiado. El río está revuelto, y los llamados delitos del fuero común han aumentado. O bien no se sabe dónde terminan los actos del crimen organizado y dónde comienzan los del fuero común (asaltos a los automovilistas, asaltos en restaurantes, en casas-habitación, etcétera). La gente se está volviendo más precavida, desconfiada. Los lugares de ocio y diversión nocturna están semivacíos. Sí se han dado manifestaciones colectivas. La muerte de los dos estudiantes del Tecnológico de Monterrey en sus propias instalaciones y el pésimo manejo que de ello hizo el gobierno del estado de Nuevo León, motivó varias reuniones y marchas convocadas por el sector estudiantil. La muerte de una jovencita estudiante de la UANL también en fuego cruzado causó otras tantas manifestaciones. Es ocioso citar o tomar como manifestación la que organizó

veladamente el gobierno del estado de Nuevo León. ¡Es quien debe garantizar la seguridad! ¿Es su forma de hacer frente al crimen organizado?

Por otro lado, hemos tenido reacciones desde el lado de la reflexión académica en coordinación con organizaciones defensoras de los derechos humanos. Tanto universidades públicas como privadas han incorporado el tema como parte de sus agendas. El aporte de estas acciones va por el lado de rescatar y comparar experiencias de otras ciudades del país así como de otras latitudes (el caso colombiano). El sector empresarial empieza a despertar. Aunque, hay que decirlo, muchos pudientes corrieron con sus familias principalmente a Texas. Después de un breve intercambio de reclamos entre los mismos empresarios, éstos muestran un papel más protagónico en el reclamo de soluciones. Por ahora no han sido lo suficientemente creativos para demostrar el compromiso con la región. Dentro de las manifestaciones colectivas otras de las instituciones presentes han sido algunas iglesias. Con ceremonias multitudinarias en espacios abiertos y muy visibles han orientado su labor contra la violencia. En el paisaje urbano vemos aparecer frases de contenido religioso también contra la violencia, esto se ve en los *parabuses* y en anuncios panorámicos en las principales avenidas y aun en carreteras.

Entonces, ¿por qué a nosotros? La actual crisis de inseguridad, dolorosa crisis, exhibe la parte más detestable de la sociedad y de sus instituciones. Si bien esta crisis está concentrada en algunas regiones, no se explica sin ir al plano nacional e internacional. Tampoco se puede entender si no vamos al pasado. Hay responsables directos e indirectos, algunos todavía con el disfraz de ovejas.

